

sanctorum, 12), Venancio Fortunato (*Carm.*, 5,3,3) y Gregorio de Tours (*Libri historianum*, 8,1,370), con lo que aquellas pequeñas comunidades, en las que las estructuras del poder romano, o bien significaban ya poco, o bien habían cesado totalmente de existir, se vincularon a los poderes locales de una sociedad cambiante por medio del «patronus communis», como denomina el obispo Severo de Menorca (*Miracula sancti Stephani*, 2,1,843) a Esteban, bienaventurado tutelar de la ciudad.

El sexto capítulo se dedica a la «potentia» de los santos, que en donde se manifiesta de manera más evidente es en la serie de exorcismos que tenían lugar junto a sus tumbas y que preservaban dentro de la penitencia cristiana el ritmo de la justicia romana, suponiendo la práctica del exorcismo un drama de reintegración más que de autoridad, por el que la persona expulsada de la comunidad era solemnemente reintegrada en la masa de sus compañeros, tal como aparece expresado de forma muy clara en la frase de Paulino de Nola (*Carm.*, 26,352) «iam totus vel solus homo in sua iura reversus». De otra parte, la «potentia» de los santos se halla estrechamente vinculada con la idea de «praesentia», cuya existencia en las ciudades es síntoma de la cristianización de éstas, y así Teodoreto de Ciro (*Historia Religiosa*, en *P.G.*, 82, col. 1.444 BC) llamará a los santos «los protectores de las ciudades», con lo que el proceso evangelizador del campo traerá consigo el fin de las antiguas civilizaciones prerromanas, y de esta forma en el siglo VI la única cultura que mantenía la herencia pagana del pasado preclásico es para Peter Brown la zoroástrica de la Persia sasánida, aunque nosotros añadiríamos dentro de las que sostuvieron contactos con la antigüedad clásica grecolatina a la hindú, en cuyo seno existían grupos de cristianos en el siglo IV, pero desprovistos de toda influencia.

Culminando el libro con el análisis de la diferenciación entre los conceptos de «reverentia» y de «rusticitas», siendo el segundo uno de los elementos más prototípicos del paganismo declinante contra el que luchaba el culto a los santos como rasgo característico de las aristocracias occidentales, con la salvedad de la que vivía en la ciudad de Roma, elemento omitido por el autor, se puede calificar la presente obra de Peter Brown como un gran trabajo, al que se le debe completar en lo relativo al sector oriental del Imperio con su nuevo libro, *Society and the holy in late antiquity*, aparecido simultáneamente en Londres y en Nueva York durante 1982.

GONZALO FERNÁNDEZ
Universidad de Alcalá de Henares

J. M. BLÁZQUEZ MARTÍNEZ et alii: *Historia de España. España Romana* (218 a.C.-414 d.C.). Madrid, 1982, I: 646 pp.+343 figs.; II: 764 pp.+414 figs.

La primera edición de la España Romana que forma parte de la Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal, data de 1935. A ella siguieron otras que, sin modificar el texto, contaban con un apéndice bibliográfico realizado por Antonio García y Bellido. Se imponía, por tanto, una edición totalmente renovada que actualizase los conocimientos de los siglos de dominación romana en nuestra península. Este es el objetivo de la obra que nos proponemos comentar.

La nueva *España Romana* consta de dos volúmenes. En el primero se presenta un panorama de «La conquista de Hispania por Roma» y la «Historia de Hispania durante el Imperio», obra de Montenegro Duque, y un amplio estudio sobre la

«Economía de la Hispania romana» realizado por Blázquez Martínez. El segundo volumen se dedica al estudio de «La sociedad, el derecho y la cultura», articulado en los siguientes capítulos: «La península Hispánica, provincia romana», «La religión» y «Las artes y las letras». En él colaboran —además de Blázquez— otros prestigiosos profesores: Blanco Freijeiro, Codoñer Merino, Elorza Guinea, Fernández Nieto, Mangas Manjarrés, Presedo Velo, Roldán Hervás y Sayas Abengochea. Por tanto, una característica de la obra es la especialización de sus autores y la profundidad de sus estudios que queda demostrada por la abundancia de citas y referencias bibliográficas, frente a la primera edición en la que sus autores pertenecían —como en el caso de Bosch Gimpera o Aguado Bleye— a especialidades tangenciales. Otra, no menos importante, es la inclusión de muchos aspectos que habían quedado prácticamente sin tratar; así, por ejemplo, la economía a la que Blázquez dedica un buen número de páginas (I, 295-607) o la religión en sus variados apartados: la religión indígena (II, 261-321) debida también a Blázquez; la religión romana (II, 323-369), redactada por Mangas; las religiones místicas (II, 371-397) de Sayas y el cristianismo (II, 415-482) nuevamente debido a Blázquez.

Precisamente este último autor insiste en su conocida tesis del origen africano del cristianismo hispano, que no ha tenido una total aceptación entre los investigadores: Sotomayor, buen conocedor de la Iglesia hispana la rechaza expresamente en sus «Reflexiones histórico-arqueológicas sobre el supuesto origen africano del cristianismo hispano», en II *Reunió d'Arqueologia paleocristiana hispanica*, Barcelona, 1982, 11 ss. Pero es indudable que acierta en la mayor parte de sus planteamientos, como en el problema de Prisciliano al que —siguiendo el estudio de A. B. J. M. Goosen— no considera hereje.

No se puede ocultar que, como en toda obra en la que colaboran varios autores, hay algunas desigualdades que desde nuestro punto de vista quedan sobradamente compensadas por la profundidad con que han sido tratados los diversos estudios. Así, la teoría defendida por Blázquez sobre la existencia de un *limes* contra los astures, cántabros y vacceos, la niega Montenegro lo que puede producir al lector una impresión de falta de coordinación. En las páginas dedicadas por Montenegro a la visión general de la Hispania Romana se defienden algunos criterios —el carácter del bandolerismo de época de la conquista o el nepotismo de Teodosio respecto al clan hispánico— que quizá convendría matizar por tratarse de criterios muy tradicionales.

El estudio de J. M. Blázquez dedicado a la crisis del s. III se centra en gran medida en las destrucciones efectuadas por los francos, pero queda un tanto difuminada toda la situación política de Hispania en este siglo. Probablemente la epigrafía y las aportaciones de la arqueología hubieran permitido una visión de conjunto de aquella época mucho más matizada. El siglo III fue para la Península Ibérica un período de crisis pero no en todos los aspectos; mientras las excavaciones de Mulva (Sevilla), efectuadas por el Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, y las de Cástulo por J. M. Blázquez han puesto en evidencia una ausencia casi total de monedas de los tiempos de Commodo a los de Galieno, las exportaciones de aceite bético continúan desde el gobierno de Septimio Severo a los últimos años de Valeriano. En este sentido Blázquez, que concede enorme importancia a las exportaciones del aceite bético, acierta al ajustarse a los valiosos estudios de Rodríguez Almeida y Remesal en este campo. Idénticas matizaciones cabe señalar a la tesis del mismo autor sobre la explotación de las minas hispanas en el s. IV, bastante improbable a juzgar por los trabajos de Domergue —que considera finalizada después de la dinastía de los Severos— y la ausencia de todo cargo referente a las minas en la *Noticia Dignitatum*.

Con respecto a la calidad de la presentación de esta *España Romana* puede afirmarse que es francamente magnífica. La obra cuenta con mapas nuevos muy bien realizados —como los de distribución de monedas y producción del aceite bético— y fotos aéreas que enriquecen enormemente el texto. Pero sobre todo sorprenden las numerosas ilustraciones, con abundancia de color, de mosaicos, esculturas o monumentos.

Algunas figuras aparecen, sin embargo, desplazadas de su contexto: la fig. 50 del volumen I, unas ruinas de la ciudad de Cástulo de época del Bajo Imperio, aparece insertada en el texto que alude al s. II a.C.; la fig. 9 del mismo volumen, el retrato de Aníbal de Villa Albani debió ser sustituida por el retrato de Aníbal de Marruecos. El retrato de P. Cornelio Escipión, vol. I, fig. 19, es dudoso y podría representar según se ha creído a un sacerdote de Isis. El exvoto ibérico de Despeñaperros, vol. II, fig. 147, no parece tener relación con las cuevas sagradas de época romana. Incluso se ha reproducido alguna escultura ibérica falsa, como la conservada en el museo del Louvre.

Desde luego todo ello no empaña la indiscutible calidad de láminas e ilustraciones que constituye un eficaz complemento al texto en la línea de otros volúmenes de esta colección.

En conclusión se trata de una *Historia de España* que ha superado ampliamente los objetivos para los que originalmente fue pensada: es una obra monumental de consulta que presenta el estado actual de la moderna investigación, realizada al mismo tiempo con gran profundidad y respaldada con un exhaustivo aparato crítico.

SANTIAGO MONTERO HERRERO
Universidad Complutense. Madrid

JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ: *Primitivas religiones ibéricas. II. religiones prerromanas*, Madrid, ed. Cristiandad, 1983. 556 pp., 186 figuras, 20 mapas.

Este tomo completa por adelantado al I, dedicado al sentimiento y las manifestaciones religiosas en la Prehistoria, escrito por el Prof. F. Jordá y que aún no ha sido publicado. El volumen II, preparado por el Prof. Blázquez, cubre doce siglos, desde la Protohistoria hasta el fin de la romanización, y en este sentido es más amplio que su propio título. Se trata en él de seguir el hilo conductor de la religiosidad indígena, aun por debajo de los periodos romanizadores, en los que aún pueden rastrearse bien las manifestaciones previas, al margen, por debajo o junto a la fuerte religión romana oficial.

El libro está orgánicamente articulado desde el punto de vista étnico en sus partes I a IV; I: La religión de los tartesios; II: La cultura turdetana; III: Los iberos, y IV: Otros pueblos de la Península (lusitanos, celtíberos, vettones, carpetanos, galaicos, astures, cántabros y vascos). En la parte V se hace una recapitulación general sobre «El panteón indígena», donde se enumeran los dioses en virtud de sus respectivas funciones.

En los cuatro primeros capítulos citados se recogen, diríamos que de manera exhaustiva, las fuentes escritas antiguas, los mitos, los monumentos figurados y/o arquitectónicos, la simbología, los ritos, santuarios, animales representativos religiosamente, etc. El Prof. Blázquez tiene acreditada una larga bibliografía en el campo de las religiones primitivas hispanas, desde su ya lejana tesis doctoral, publicada en